

LETRAS

# Miguel Ángel Hernández

## “Este es el libro por el que me convertí en escritor”

En la Nochebuena de 1995, el mejor amigo de Miguel Ángel Hernández (Murcia, 1977) asesinó a su hermana y se suicidó. El misterio nunca resuelto de por qué lo hizo jamás abandonó al narrador, que decidió enfrentarse a sus fantasmas y a esos traumas “no sanados del todo”, y escribir *El dolor de los demás*, que lanza estos días Anagrama.

Tras veinte años intentando olvidar, Miguel Ángel Hernández, profesor de Historia del Arte y autor de dos novelas (*Intento de escapada* y *El instante de peligro*), comprendió que había llegado el momento y convocó a sus fantasmas. Sabía que “más que una liberación era una recaída en el pasado” pero también que si lo hacía era “porque no había sanado del todo”. Y los demonios volvieron. No sabe si ha podido exorcizarlos, pero ahora sabe al fin reconocerlos.

**Pregunta.**— ¿Qué queda de

ese joven perplejo que una Nochebuena supo que Nicolás, su mejor amigo, había matado a su hermana y se había suicidado?

**Respuesta.**— Ahora soy más fuerte. La experiencia nos endurece, vamos siendo conscientes de que vivir también es perder, fracasar, y conseguimos sobrellevarlo. Pero algo de esa ingenuidad del pasado—cuando creíamos que el mundo estaba hecho a nuestra medida— permanece con nosotros. Es la sombra que arrastramos. La que nos persigue y también nos refugia.

**P.**— Parece difícil que de una historia tan terrible como esta se pueda salir indemne...

**R.**— Yo, desde luego, no he salido indemne. Me he quedado en carne viva, con todas las heridas al aire. Aun así, lo volvería a hacer. Uno no escoge las historias que cuenta, sino que es atravesado por ellas. Y esta tenía que contarla. No era una opción. Estoy convencido de que este es el libro por el que me convertí en escritor. Aún no lo sabía cuando comencé a escribir cuentos en mi adolescencia, pero todo lo

que he hecho desde entonces caminaba hacia *El dolor de los demás*. Es la historia que estaba debajo de todo. Ahora lo sé. Escribirla ha sido un modo de tomar conciencia de eso. Y tal vez de poner fin a una etapa de escritura. Porque de alguna manera cierra una serie, el tríptico que forma con mis otras dos novelas, donde lo biográfico y el pasado comienzan poco a poco a emerger. Después de esto no tengo muy claro el camino que tomaré.

**P.**— ¿Modifica algo saber que “las palabras siempre fallan”?

**R.**— Las palabras fallan, pero son lo único que tenemos. A veces, como escribieron Kafka, a través de ellas se cuelan restos de luz. Y esos destellos nos pueden guiar en la oscuridad. Pero las sombras existen. Lo que no cabe en el lenguaje, lo que no tiene forma, lo cenagoso, lo más oscuro, pero también lo más bello, que no puede ser nunca comunicado del todo. Hay algo que el significado no puede transmitir. Ser consciente de eso





**“NO HE SALIDO INDEMNEMENTE DE  
EL DOLOR DE LOS DEMÁS.  
ME HE QUEDADO EN CARNE**

MARIAN GALERO

**VIVA, CON TODAS LAS  
HERIDAS AL AIRE. PERO  
TENÍA QUE ESCRIBIRLA”**

es una especie de drama para un escritor, porque supone admitir que aquello con lo que nos enfrentamos al mundo no es un arma de precisión y que nuestra herramienta de trabajo está rota y llena de agujeros. Pero es lo único que tenemos. Escribir es siempre quedarse lejos.

**P.**— Descubre en sí mismo la mirada del monstruo: ¿no lo somos todos (y pienso en lo que

revela de nosotros tanto linchamiento público que jaleamos o compartimos desde las redes)?

**R.**— El monstruo está en todos nosotros. Y está también en el sistema, en la sociedad, en el lenguaje. Se expande como un virus, por eso es tan difícil de erradicar. Todos contemplamos la desgracia ajena con un morbo patológico. Todos contribuimos a ese régimen de deseo malsano que es el de las imágenes de los medios. El título de esta novela proviene del célebre ensayo de Susan Sontag *Ante el dolor*

*de los demás*, cuya tesis central es que hemos perdido la capacidad de empatizar con el dolor de los otros. Las imágenes que nos muestran los medios, por un lado, despiertan el morbo, denigrando y volviendo a matar de nuevo a los muertos, y, por otro, no nos afectan ni conmueven porque sólo son imágenes. Imágenes sin historia. Es lo que ocurre también en las redes: que estamos ante avatares sin historia. Son casi abstracciones, números —como los judíos en los campos de concentración—. De ahí que

podamos ejercer sobre los otros una violencia sin culpa. Porque nunca llegan a ser prójimos.

**P.**— Si escribir el libro sobre la muerte de sus padres le salvó la vida, ¿de qué puede haberle salvado *El dolor de los demás*?

**R.**— De momento no lo sé. Confieso que todavía ando algo perdido. Pero es posible que me haya salvado de mí mismo. De ese yo que había intentado echar tierra sobre su pasado. Y me ha hecho ver que en aquel pasado del que escapé también había felicidad.

ENTREVISTA | **LETRAS**

**P.**— Define su libro como *novela de no ficción*: ¿a qué se debe que hoy la novela desdeñe la imaginación, es la enésima reinención del género?

**P.**— Es cierto que hay una especie de “hambre de realidad”, como observa David Shields. Y creo que tiene que ver con una necesidad de encontrar puntos de anclaje en medio de un mundo donde la realidad se ha convertido casi en ciencia ficción. En la era de la postverdad, los hechos han desaparecido y sólo importan los discursos. Quizá por eso buscamos tocar lo real, lo que de verdad nos quema. De todos modos, definir es siempre poner etiquetas. Yo lo único que tengo claro sobre mi libro es que es una novela, basada en hechos reales. Mi amigo mató a su hermana y se suicidó. Eso ocurrió. Eso me destrozó. Eso no es ficción. Ahora bien, el modo en que lo narro, la manera en la que reconstruyo lo sucedido, la transcripción de las conversaciones, lo que yo pienso acerca de ese hecho comprobable, ya está en el ámbito de la imaginación. Y, claro, escribir es inventar. Es decir, fingir. Y en ese caso, sí, todo es ficción. **NURIA AZANCOT**